CAPÍTULO XXX.

De lo que le avino á D. Quijote con una bella cazadora.

ASAZ melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos.

Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso río, Don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las más eran disparates, y buscaba ocasión de que sin entrar en cuentas ni en despedimentos con su señor, un día se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temía.

Sucedió, pues, que otro día, al poner del sol y al salir de una selva tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con su sillón de plata.

Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió á entender á Don Quijote ser aquella una gran señora que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dijo á Sancho:

—Corre: hijo Sancho, y di á aquella señora del palafrén y del azor, que yo, el Caballero de los Leones, beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada.

—Hallado os le habéis el encajador, respondió Sancho: á mí con eso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida.

—Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder.

—Así es verdad, respondió Sancho, pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena pronto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo y de todo se me alcanza un poco.

—Yo lo creo, Sancho, dijo D. Quijote; ve en buen hora, y Dios te guíe. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo:

—Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el Caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal Caballero de los Leones, que no há mucho se llamaba el de la Triste Figura, envía por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.

—Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden; levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la Triste Figura, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho enhorabuena á servirse de mí y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos.

Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le había dicho que tenía noticia de su señor el caballero de la Triste Figura: y que si no le había llamado el de los Leones debía de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la duquesa (cuyo título aún no se sabe):

—Decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia que se llama del "Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso?

—El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa.

—De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis Estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera.

Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía.

Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la duquesa, la cual, haciendo llamar al duque su marido, le contó en tanto que Don Quijote llegaba, toda la embajada suya, y los dos por haber leído la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les di-

Don Quijote comprendió que eran cazadores de altanería.